

Leer a Daniel Sada en su obra maestra

Joel Abraham Amparán Acosta*



na obra que combina tal forma y magnitud no se produce de la noche a la mañana. Se dice que en *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* el lenguaje es el

máximo protagonista. Basta leer un par de renglones para percatarse de que así es, con una prosa casi armada de “versos”, de palabras entrelazadas por un ritmo, de una medida que obedece a una intención. La novela empieza:

Llegaron los cadáveres a las tres de la tarde. En una camioneta los trajeron —en masa, al descubierto— y todos balaceados, como era de esperarse. Bajo el solazo cruel miradas sorprendidas, pues no era para menos ver así nada más paseando por el pueblo tanta carne apilada, ¿de personas locales? Eso estaba por verse.

El fragmento, sin necesidad de forzar licencias, es divisible en medi-

das de siete u once sílabas; similar a la silva, sólo que sin rima y con los versos de arte menor como dominantes. La prosa medida es apenas uno de los múltiples elementos que dan realce al lenguaje dentro de la obra.

Esa es la producción que, entre todo el corpus sadiano, acapara los reflectores. No hay discusión al respecto: es la obra maestra del bajacaliforniano. Las críticas han impulsado la novela a superiores estratos. Christopher Domínguez Michael apunta que “Daniel Sada no puede rehuir la responsabilidad de haber escrito la novela más endiabladamente difícil de la literatura mexicana”. Tal vez en esa misma dificultad radica el detalle de que *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* no sea un texto muy estudiado ni difundido en círculos ajenos a la élite de las letras mexicanas.

Daniel Sada nació el 25 de febrero de 1953 en Mexicali, Baja California, y falleció el 18 de noviembre de 2011 en la Ciudad de México. De formación periodística inicial, pronto se inclinó ha-

Fecha de recepción:
2021-06-24
Fecha de aceptación:
2021-07-10



13

* Estudiante de la Maestría en Estudios Literarios, UACJ.

cia la literatura. Se han publicado más de una veintena de obras de su creación, entre las que destacan *Registro de causantes* y *Ese modo que colma* en cuento, además de *Albedrío* y *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* en novela. Antes de fallecer, Sada fue ganador del Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura; él no lo supo. También se hizo merecedor del Premio Xavier Villaurrutia en 1992, del José Fuentes Mares en 1999, del Narrativa Colima en 2006 y a nivel internacional, el Premio Herralde de Novela en el año 2008.

Adriana Jiménez, viuda de Sada, destaca que los primeros juguetes de dicho autor fueron las palabras. Podría creerse que estas son declaraciones pretenciosas o que es una metáfora ingenua, pero la premisa tiene mucho de realidad. Según el psicopedagogo Héctor Pose Porto, “desde la infancia, donde el niño trata de combinar sus propios recursos fonéticos, de explorar sus posibilidades, de divertirse con la producción de sonidos inéditos y el ritmo de las palabras, el teatro leído es un recurso lúdico educativo innegable”. Claro, esto se puede extender más allá de los textos dramáticos e incluir en el grupo las obras más representativas de la épica, la epopeya, la lírica. Así pues, las palabras pueden perfectamente ser un juguete, una serie de elementos con los cuales es posible divertirse, a la vez que aprender.

No obstante, una cosa es jugar y otra tener una vocación. Claro que lo primero puede ayudar, pero no siempre

es factor definitivo para que lo segundo se verifique: debe haber algo más, un aliciente especial en el lugar y el tiempo precisos. Al parecer, la fascinación por el mundo literario le llegó a Sada gracias a los clásicos. Rubén Aguilar, cuyos padres fueron padrinos de bautismo de Sada, cuenta que desde la educación primaria en Coahuila, una de sus maestras “lo introdujo a la literatura clásica”, de la cual a la postre el autor de *Ritmo delta* sería un gran conocedor.

Se sabe que la *Divina comedia* tocó de forma especial a Sada. La obra de Dante con sus variadas traducciones —unas en verso, otras en prosa— fue factor fundamental para inducir en Sada la capacidad de idear, imaginar y crear un estilo propio, uno que le llevaría a trabajar delicadamente cada palabra, a cuidar con celo profesional cada uno de sus juguetes de niño. No obstante, Sada extendió sus conocimientos literarios y también se interesó en las letras mexicanas. “La memoria de Daniel era proverbial. Fuimos muchos los que le oímos decir en voz alta poemas completos de los mejores poetas mexicanos”, cuenta Armando Alanís, con lo cual da constancia de otra cualidad del mexicalense que le ayudaría a desarrollar su estilo. Por supuesto, la memoria también retiene cadencias, tensiones y distensiones en el habla, partículas tónicas y átonas en la composición de un verso. Luego, los escritores pueden replicar esquemas versales para crear nuevas frases.

Porque parece mentira... fue escrita entre 1993 y 1999, intervalo que se

puede antojar largo, pero que a la vez confirma la premisa de que la calidad va de la mano con la lentitud, la pausa, la calma. Dicha idea es apoyada por autores de hoy y de ayer. Por ejemplo, Octavio Paz dijo de su abuelo Ireneo que “fue un escritor abundante y variado; también un autor descuidado y aun deshilvanado. Escribía con prisa y la prisa es enemiga de la perfección”. Si *Porque parece mentira...* es tan aclamada, se debe en gran medida al tiempo que su autor dedicó a escribirla.

Ahora bien, ¿qué hay del tema, el asunto, la trama? Para Antonio Ramos Revillas, es “una novela sobre un fraude electoral [...], una novela donde el lenguaje era el verdadero protagonista”. Pues el fraude electoral, ese hecho de la vida real que a Sada le tocó presenciar cuando pocas personas en la fila separaban su turno de la casilla en la cual emitirían su voto, es tema y asunto a la vez. En cuanto al singular hilado descrito por Miguel Mora en términos de “distintas tramas y subtramas de una forma circular”, el mismo Sada explica cómo una historia familiar, un cuento sobre la frontera y otros elementos narrativos se instalaron en una geografía imaginada.

Si las cualidades de la prosa rítmica son identificables con la división versal, ¿por qué la obra no está escrita en verso? Jiménez lo explica: sería impublicable. Quizás la viuda de Sada se refiere a la extensión: de la anterior cita, cuatro renglones pueden reescribirse en catorce versos. Una estimación arroja como resultado 40 renglones por

página. Cada página se transformaría en 140 versos, los cuales multiplicados por 600 páginas (para redondear) son 48000. Es decir, la obra sería de 1200 páginas, decenas más, decenas menos. ¿Impublicable? Tal vez.

No obstante, habrá que considerar otro posible factor: cuántos lectores de novela no sentirían una dificultad o al menos un incipiente desaliento al apreciar un esquema que guarda mayor relación con la lírica que con la ficción narrativa. Será mejor aferrarse al quicio, estar de acuerdo con Sada, asumir el reto y vencer los obstáculos en las páginas iniciales. Entonces, y sólo entonces, podrá el lector disfrutar de su magnífica novela. 

